

EL TACTO. ¿HISTORIA DE LA HAPTOLOGÍA O HAPTOGRAFÍA DEL CUERPO?

Cecilia Cozzarin / Universidad de Buenos Aires

I. Trasplante e intrusión.

En *El intruso* (2000) Nancy se vale de la experiencia de su trasplante de corazón para dar cuenta de un cuerpo que juzga imposible de identificar con el funcionamiento de un órgano. Él mismo nos cuenta que su corazón –siguiendo las palabras de Artaud en el epígrafe– se había vuelto un órgano “miserablemente inútil y superfluo”, un intruso dentro del propio cuerpo, un extraño por la enfermedad que lo aquejaba. Asimismo, por el trasplante que se requiere para sanarlo, al “cuerpo propio” va a ingresar un corazón extranjero que lo “coloniza” o “invade”. Teniendo en cuenta estas circunstancias, el trasplante se configura, simultáneamente, como una proeza técnica y una aventura metafísica, algo que se describe como el momento de cruce entre una contingencia personal y una contingencia en la historia de las técnicas. De este modo, a través del trasplante es posible descubrir que el “yo”, la identidad personal que permitía decir “mi corazón”, se pone en jaque toda vez que se encuentra a disposición de ciertas técnicas médicas, pues el “«yo» se encuentra [necesaria y] estrechamente aprisionado en un nicho de posibilidades técnicas” (Nancy, Jean-Luc 2006: 15).

De este modo, el corazón intruso y extranjero viene a reponer la pregunta por la identidad personal y, más específicamente, la pregunta por el estatus del cuerpo propio: ¿hasta dónde el corazón que recibo es «mío»? El sentimiento de incomodidad que se hace patente en el cuerpo hace que dicha pregunta se desplace hacia la intimidad –la propiedad del cuerpo–, la cual hasta entonces se pretendía transparente pero que, por obra de la técnica, ahora se vuelve extraña. Hay entonces en el trasplante un juego entre dos alteridades: la del corazón enfermo (el propio) que tiene ser extruido y la del corazón sano (el ajeno) que tiene que ser implantado. El cuerpo se vive como una multiplicidad que provoca un cierto desequilibrio en la comprensión de la vida y la muerte como compartimentos estancos, puesto que, en este caso, se trata de la sobrevivencia de un *cuerpo por morir*, un cuerpo al que se le deniega (o pretende denegar) la muerte con el trasplante. Este último expone el enigma de la mortalidad/inmortalidad porque, al

momento de diferir o aplazar una muerte efectiva dejándola “en suspenso”, la subraya y agudiza.

En este sentido Nancy nos recuerda que la tradición filosófica ha intentado desde siempre apoderarse de la naturaleza, de la alteridad constitutiva que ella representa, y que la técnica ha sido el instrumento mediante el cual se han conseguido los mayores “avances” en relación con un “progreso” o “evolución” de la misma. Con el trasplante, paradójicamente, al mismo tiempo que se busca prolongar la vida –y con ella darle cierta sobrevida a un cuerpo– se instala el conflicto entre un cuerpo con ciertas propiedades determinadas estudiadas por la anatomía y una técnica que lo atraviesa, excediéndolo y convirtiéndolo en un otro para sí mismo. Esto quiere decir que, mediante la manipulación de la naturaleza, el cuerpo propio se ha convertido en un cuerpo técnico, ecotécnico, que vive gracias a las prótesis que soporta, entendiendo a la prótesis como ese *plus* que la alteridad introduce en la mismidad con el trasplante, una especie de suplemento por el cual el cuerpo ya no se sabe uno, pues ya no existe propiedad alguna sobre el cuerpo o sobre la vida. El cuerpo así inmunizado por el tratamiento médico deduce su identidad de la propia inmunidad, de aquella actitud de rechazo o aceptación del órgano, mientras que el trasplantado se vuelve, por la misma circunstancia, en un intruso para el propio sistema médico porque el enfermo entra y sale de los tratamientos que, a su vez, se ramifican en las diversas y proliferantes ajenidades que implican las distintas técnicas terapéuticas. Es preciso, entonces, que lo ajeno se vuelva un intruso.

(...) el motivo del intruso es, él mismo, una intrusión en nuestra corrección moral (es incluso un ejemplo notable del politically correct). No obstante, aquel es indisoluble de la verdad del extranjero. Esa corrección política presupone que se recibe al extranjero borrando, en el umbral, su extrañeza: quiere, por consiguiente, que no se lo haya recibido en modo alguno. Pero el extranjero insiste y realiza su intrusión. Esto es lo que no es fácil de recibir, ni tal vez de concebir (Nancy, Jean-Luc 2006: 12-13).

El contacto con el corazón –este órgano propio extruido y/o ajeno intruido– mediante la técnica del trasplante, describe una experiencia del tacto que coloca al propio Jean-Luc Nancy como sujeto *de* la cuestión y sujeto *en* cuestión. Sujeto *de* la cuestión porque, al momento de la operación por la cual se intenta restituir la salud a su cuerpo –Nancy se vuelve sujeto de la cuestión–, se manipula su identidad –Nancy se vuelve sujeto en cuestión–. Por ejemplo, él no sabe si el corazón que late dentro de él es

el corazón de una mujer o el de un hombre. Derrida, su gran amigo, explica que una mujer exclusivamente cuando está embarazada es capaz de sentir latir un corazón ajeno dentro suyo, aunque se trate de un corazón ajeno que ingresa al cuerpo en “condiciones normales”. La prótesis en la que se transforma este corazón injertado, por el contrario, da cuenta de una supervivencia contingente que surge de la separación o espaciamiento que se da respecto de la inmediatez de un sí mismo (el cuerpo, la identidad, Nancy mismo) puesto que la técnica no permite que exista entre los dos términos de la operación –corazón por extrudir y corazón por intruir–ni identificación ni fusión, sino que existe meramente una aceptación o un rechazo. El caso de Nancy en tanto filósofo se vuelve, de este modo, una *cardiografía* (Derrida, Jacques. trad. 2011: 378). Nota 5), una especie de ejemplo paradigmático de la puesta fuera de quicio de una propiedad, y que él denomina “excripción del ser”. En este sentido, decimos que la cuestión del trasplante y de la técnica en general se desplaza hacia el fondo de la intimidad más absoluta y secreta –la cuestión del ser bajo la forma de la cuestión del corazón– para formular, desde allí, un interrogante sobre el cuerpo que tiene en cuenta de manera prioritaria las condiciones ecotécnicas en las que surge un pensamiento inédito sobre la subjetividad.

II. Nancy en la historia de la haptología.

Por otra parte, Jacques Derrida en su texto *Le toucher* (2000) realiza un abordaje del problema del tacto en la filosofía de Jean-Luc Nancy que tiene como principal protagonista el tema del cuerpo y su carácter de impropiedad o no propiedad. Para él, la experiencia singular del tacto nos habla de la experiencia en general –de sentirse tocar y sentirse tocado(a)– pero también nos remite a una cuestión sumamente importante dentro de la historia de la filosofía sobre el cuerpo que, en el pensamiento de Nancy, encuentra su punto culminante en la técnica (ecotécnica) y la prótesis.

Ya que en el corazón de todos los debates en curso y de todos aquellos que nos aguardan, en relación al “cuerpo propio” o a la “carne”, en el corazón del síncope, entre el tocar y lo intocable –un intocable absoluto que no es intocable porque sería del orden de la vista o del oído, o de cualquier otro sentido, sino intocable en el orden del tocar, intocable tocable, intocable en relación a lo tocable– se encuentra la intrusión originaria, la intrusión sin edad de la técnica, es decir, del trasplante o la prótesis (Derrida, Jacques trad. modificada. 2011: 169).

Desde una crítica que toma aquello ya deconstruido dentro del pensamiento de Nancy (el contacto de la prótesis) y que resulta ser aquello que lo distingue de los abordajes de la tradición (Aristóteles, Kant, Husserl, Heidegger, Levinas), a Derrida le interesa volver a plantear la pregunta por el tacto en relación con una cierta haptología implícita. El tacto para Derrida se vuelve un nuevo modo de la metafísica de la presencia que privilegia la inmediatez sobre la distancia. Apelando a la noción griega de *haptein* (tocar), designa a la tradición entera con el término haptología o lógica haptocéntrica: “la «lógica» del tocar” (Derrida, Jacques trad. 2011: 172). Es entonces cuando Derrida se dedica a subrayar las aporías que conciernen al tacto específicamente en *Ser Singular Plural* (1996), justamente allí donde Nancy plantea el acceso a una cierta originariedad del tacto.

Tocar sería la experiencia misma del “origen” como “singularidad plural”. Lo singular plural sería originariamente aquello que se encuentra dado a tocar. El origen sería a tocar como el tocar mismo en tanto que tocarse. Tocarse a sí mismo, tocarse el uno al otro o los unos a los otros: tocarse, en buen francés, puede querer decir todo esto: tocarse a sí mismo, tocarse el uno-la una al otro-la otra, los unos-las unas a los otros-las otras (Derrida, Jacques trad. modificada 2011: 172).

La posibilidad de una afirmación como esta inspira y motiva un cierto deseo de tocar que Derrida considera haptocéntrico porque, si bien este deseo en Nancy se describe como contacto, esto es, como una cierta distancia –la del otro– que fragmenta y dispersa el tacto mismo, en ese separarse, en ese interrumpirse a sí mismo –“*Noli me tangere*”– el tocar se mantiene en un horizonte de continuidad y unidad con la tradición cristiana y queda expuesto a no ser más que su hipérbole. La filosofía del tacto, haptología, que se inaugura con Jean-Luc Nancy, Derrida entiende que surge de la reflexión e intento de deconstrucción que el autor realiza sobre la herencia cristiana de la carne, aunque dicha tarea quede trunca por no poder desprenderse de la carga semántica que el lenguaje de la tradición le impone. La pregunta que, por tanto, se hace Derrida es si Nancy no recae en una especie de idealismo cuando se refiere a esta idea del origen del tacto.

(...) ¿No será Nancy otro idealista, más culpable por imprudencia, cuando acredita aún la apropiación de un propio y cuando afirma tranquilamente que “tocar en el origen, no es dejarlo pasar: es estar propiamente expuesto a él”? (Derrida, Jacques trad. modificada 2011: 174).

Sin embargo, surge a simple vista que, frente a la historia de la idea del tacto que la tradición promueve otorgándole un privilegio absoluto al sentido del tacto en el proceso de conocimiento, a Nancy le interesa otro sentido de tacto subsidiario de un sentido diferente del término “origen”. Es su discusión con Bataille la que echa luz a este punto que Derrida subraya y aclara como “la traducción nancyana del acceso a la verdad en Bataille”. De ella se desprende que existe un origen de la verdad que no es plenamente accesible ni transparente para nosotros puesto que se trata de una pérdida de la inmediatez en el conocimiento de la verdad y no de una apropiación irrestricta o absoluta de la verdad por parte de un sujeto. En el caso del tacto, según Derrida, la pulsión de pensar, nombrar y tocar el tacto más que cualquier otro de los sentidos es propiamente “nancyana”, y resulta asimismo una pulsión bastante riesgosa. Cabe advertir que si anteriormente el privilegio estaba puesto en el sentido de la vista, ahora se daría, para Derrida, una especie de inversión hacia un paradigma que coloca al tacto como sentido supremo, aunque accedamos a él de manera no instantánea y debemos tener en cuenta que todo sucede en y por la *techné*. Esta última constituye el límite desde el cual el tacto es pensado –límite que Nancy piensa en términos de *espaciamento* de los cuerpos– como condición de posibilidad de un cuerpo ecotécnico como el que él mismo describe con su experiencia del trasplante y que cuestiona profundamente la inmediatez del contacto entre los cuerpos. Hay entonces que disociar aquello que tanto el sentido común como la metafísica hacen del tacto –una pura inmediatez–, de un contacto que no implica fusión, identificación o continuidad alguna – y es *partes extra partes*–. Para Derrida, al momento de pensar el tacto se trata de identificar una cadencia propia de la historia de la filosofía, el intuicionismo, que busca asegurarse una presencia efectiva, plena e inmediata, de lo dado a la intuición, en conjunción con el proceso de idealización que implica subsumir al tacto en la mirada.

Por lo menos desde Platón, sin duda, y a pesar de su endeudamiento con respecto a la mirada, el intuicionismo es también una metafísica y una trópica del tacto, una metafísica como hpto-trópica (Derrida, Jacques trad. modificada 2011: 179).

El *télos* de la filosofía occidental es, por definición, háptico-intuicionista y eso explica, para Derrida, que obedezca tanto al tacto como a la vista. El tacto, si es

interpretado de esta manera –como haptología– se vuelve presa de un continuismo no sólo de la proximidad de la visión, sino también del deseo. La singularidad de la obra de Nancy radica, en este sentido, en un nuevo pensamiento del cuerpo –de la mano, de los dedos, de la boca, etc.– que implica, al mismo tiempo y de modo ineludible, una nueva experiencia del deseo. Es por ello que Derrida intenta pensar una intuición no inmediata del tacto a partir del pensamiento de Deleuze-Guattari en *Mille Plateaux* (1980), por el cual se le confiere al ojo una función digital (Deleuze, Gilles y Guattari, Félix trad. 2000: 500) que va de lo próximo a lo próximo. En el espacio liso-estriado del cuerpo sin órganos Derrida encuentra que la haptología puede resultar una mezcla interesante, puesto que se sustrae a cualquier polaridad idealizante:

(...) los dos espacios no existen de hecho sino por sus mezclas del uno con el otro: el espacio liso no cesa de ser traducido, atravesado por un espacio estriado; el espacio estriado está constantemente revertido, vuelto hacia un espacio liso (...) (Deleuze, Gilles y Guattari, Félix trad. modificada 2000: 484)

III. Por una haptografía del cuerpo: tacto es con-tacto.

Nancy, por su parte, nos insta a pensar una nueva aproximación al tacto que se enmarca y se separa a la vez de la tradición en la que se entronca –aquella que Derrida llamaba la del continuismo y la inmediatez del contacto–. De este modo, permite pensar la manera en que el tacto toca los otros sentidos y se identifica directamente con el corazón y la identidad personal. En este doble movimiento (entre los sentidos y la propia identidad), se abre una senda por la cual el tacto se vuelve “local, modal, fractal”. Será finalmente en *Corpus* donde, para Derrida, Nancy recuse definitivamente el privilegio de una inmediatez del tacto.

A título de la ecotecnia de los cuerpos, de un mundo de los cuerpos que “no tiene sentido ni trascendente ni inmanente”, *Corpus* perseguirá esta dislocación del tocar. Sin jamás abandonar la insistencia sobre el tacto que tanto le importa, al que nunca renuncia, Nancy lo asocia siempre, contra la tradición continuista de lo inmediato, al valor de la separación, del desplazamiento, del espaciamento, de la partición o el reparto (Derrida, Jacques trad. modificada 2011: 190).

Aquí se explica cómo el tacto, al igual que el sentido, está repartido, es decir, diseminado y, por eso mismo, no es posible referirlo a una sustancia. Sin embargo, aunque esta reflexión implica la ruptura de Nancy con la tradición, aquella no proviene de

una decisión voluntaria del filósofo sino que, como aclara Derrida, ella sucede a pesar suyo. Cuando Nancy parece referirse al tacto como algo dado, originario, lo hace en términos de una condición de posibilidad para la sensibilidad en general y, por eso, el tacto se identifica con el sentido del con-tacto, es decir, con una voluntad de tocar. Queda claro entonces para Derrida que esta voluntad no puede más que replegarse hacia la auto-afección que implica dejarse tocar por el otro, pero lo que en Nancy cabe subrayar es que la escritura, la lectura, la filosofía e inclusive el amor, son los sentidos que más nos tocan porque nos tocan de una manera singular: tocándose a sí mismos, se dejan tocar uno a otro, y no hay nada ni nadie por detrás que pueda apropiárselos en su tocar. Para Nancy, eso se explica porque “*el sentido es el tacto*” (Derrida, Jacques trad. modificada 2011: 389).

De esta última afirmación Derrida extrae dos connotaciones interesantes. Por un lado, el sentido del tacto se piensa como la propiedad del tacto en sí mismo; por otro lado, se le otorga un sentido transitivo (el movimiento háptico por excelencia) por el cual el tacto se toca por el tacto mismo, y nada más. La segunda de estas connotaciones describe una *cuasi*-trascendental-ontologización del tacto, puesto que lo tangible del tacto se da como intangible, y así resta como imposible de tocar efectivamente. No se trata, por ende, de hacer del tacto una categoría entre otras.

A esto se refiere Derrida cuando habla de una analítica del tacto presente en la filosofía de Nancy, que se hiperboliza en un requerimiento de excripción o exposición por medio de la técnica y en una indefectible “deconstrucción del cristianismo”. Por este motivo, nos advierte Derrida, que dicha analítica se transforma en una ontología *hiper*-analítica y *cuasi*-trascendental del tacto, aunque la misma suponga poner en cuestión los diversos modos materiales y espirituales de una presencia efectiva del tacto en los demás sentidos, al modo de la excripción o la escritura como “cuerpo perdido” en el que se traza, se borra y se vuelve a retrazar aquello que *se toca*. El tipo de presencia en la excripción no trata justamente de una representación ni de una significación sino que la presencia, en términos derridianos, se vuelve, por la excripción, una mera huella (Derrida, Jacques 1967: 90). Según Derrida, Nancy hace ingresar la alteridad del tacto en lo que hasta entonces dentro de la tradición resultaba ser el núcleo narcisista de lo táctil y el tacto interpretado como visión de lo intocable, es decir, en su relación con la mirada. La reflexión hace un giro que pone el foco en aquello que difiere en un gesto corporal, en un estilo determinado, en una “pragmática de la escritura”, dirá Derrida. El otro, en este

caso, no es una figura, no se significa por el tacto sino que deviene un *tocarse-te* (a ti): la pasividad de un tocar al otro que *es* el otro. Es lo que Nancy explica en términos de la piel del cuerpo y que se impone como imperativo del sexo –el imperativo de la alteridad por antonomasia–, un imperativo del cual la libido no puede dar cuenta.

Porque este imperativo no apunta a ningún objeto, ni grande, ni pequeño, ni sí mismo, ni niño, sino solamente la alegría/la pena de un *tocar-se*. (O mejor aún: un quedarse-en-sí mismo, o llegar a ser-sí mismo *sin* volver a sí mismo. Gozar es en el *corazón* de la dialéctica una diástole sin sístole: ese corazón es el cuerpo) (Nancy, Jean-Luc trad. 2003: 32-33).

Para interpretar esta alteridad se parte de la experiencia de un *consentimiento* de y por los cuerpos mismos –un consentimiento exasperado porque toca lo más íntimo y “sagrado” de la identidad y la persona– que advertimos en el trasplante, allí justamente donde la aceptación o rechazo de ese corazón intruso da cuenta de una experiencia siempre adviniente: la del cuerpo del otro en mí. Por ende, toda la metafísica del tacto en lo que ella tiene de propio e inmediato se encuentra ya deconstruida a partir del pensamiento sobre el cuerpo que Nancy desarrolla específicamente en *Corpus* y *El intruso*. Un pensamiento sobre el cuerpo que, a nuestro juicio, es el acontecimiento que reclama Derrida hacia el final de su crítica en *Le toucher* cuando se pregunta si la reflexión sobre el *tocarse-tú* o *tocarse-te* no debería ella misma ser condición de posibilidad de un tal acontecimiento.

IV. Conclusiones.

Más que un relevamiento del concepto de tacto o tocar en diferentes textos de la obra nancyana, el presente trabajo ha tenido por objetivo proporcionar un panorama coherente del problema tomando como ejes: por una parte, el tema del trasplante y la intrusión, como dinámica que permite pensar la relación mismidad-alteridad y postular una nueva subjetividad a partir de la *cardiografía*; por otra parte, el análisis de la *haptología* que realiza Derrida y la correspondiente ubicación del pensamiento nancyano sobre el cuerpo y el tacto; por último, la viabilidad del tacto como con-tacto (*tocarse-te*) que propone Nancy para eludir la crítica derridiana y embarcarse hacia una *haptografía* del cuerpo, inmune a la hiper-ontologización o cuasi-trascendentalización del cuerpo y el tacto humanos.

A modo de síntesis podríamos decir que la posibilidad de una filosofía antimetafísica del cuerpo en Jean-Luc Nancy se encuentra habilitada a partir de cierto ateísmo materialista que la deconstrucción del cristianismo supone, luego de la caída de un fundamento que vuelve inútil toda reducción del sentido sensible al sentido inteligible. De este modo, entendemos que existe un *cuerpo humano* (ni glorioso ni pecador) puesto que, por medio del tacto, podemos vislumbrar una cadencia o inclinación hacia la materialidad por medio de la cual el cuerpo se transforma en una exigencia del pensamiento *más allá* del sentido. El tacto que consiente y conmueve nos brinda un modo de acercamiento al cuerpo alejado del cálculo y la simple abstracción analítica.

La técnica como *ecotécnica* nos permite, por su parte, pensar el cuerpo a través de la mediación de un aparato técnico que, en este caso, es el mundo de los cuerpos. Desde aquí, consideramos que, más allá de la pregunta por un cuerpo propio, aquello que la técnica nos impone es una reflexión profunda sobre el modo que tiene el aparato técnico de impactar en nuestras vidas. También desde aquí es que nos interesaría formular algún tipo de interrogación sobre las “operaciones” que, no siendo del tipo del trasplante que describe Nancy en *El intruso* –y que genera la posibilidad de una sobrevida en términos de un cuerpo muerto/vivo–, no comportan ningún tipo de utilidad o sobrevida como la que le corresponde al trasplantado.

Pensemos en aquellas cirugías estéticas que hacen del cuerpo orgánico algo orgánico e inorgánico: siliconado, botoxeadado, bioregenerado, etc. Creemos que éstas suponen una consideración del cuerpo bello que indefectiblemente debe mostrar excesos, resaltar rasgos y volver explícitas las condiciones sexuales que lo enmarcan. De ello se desprende que la prótesis en sí misma se transforma en un objeto de deseo en el que se condensan satisfacciones, frustraciones, angustias e inseguridades: aquello que por medio del tacto no podemos *tocar* aunque nos remita, por esa misma imposibilidad, a una instancia del deseo que es inaprehensible. “Yo quiero tal o cual cuerpo”, es la afirmación que se encuentra por detrás de este tipo de operaciones. Pero ¿qué tipo de cuerpo es el que se desea así tan fervientemente?

Consideramos, entonces, que resulta insuficiente la deconstrucción de un cristianismo de la carne sin proponer, a su vez, la construcción de un *ateísmo de la técnica* como el que se impone pensar a partir de los aportes que nos brindan disciplinas como la medicina, la biología y la química, así como muchas otras técnicas de

entrenamiento corporal como el *body building*. Todo aquello que constituiría una nueva haptografía del cuerpo humano.

Bibliografía

Deleuze, Gilles; Guattari, Félix (2000). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos. (Versión original 1980).

Derrida, Jacques (1967). *De la grammatologie*, Paris: Les Editions de Minuit.

Derrida, Jacques (2011). *El tocar, Jean-Luc Nancy*. Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original 2000).

Nancy, Jean-Luc (2006). *El intruso*. Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original 2000).

Nancy, Jean-Luc (2003). *Corpus*. Madrid: Arena. (Versión original 1992).